

Globethics Repository



Los relatos del cura [The stories of cure]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see <https://www.globethics.net>. Data and content policy of Globethics Repository see <https://repository.globethics.net/pages/policy>.

Item Type	Article
Authors	García Roca, Joaquín
Publisher	Asociacion Iglesia Viva
Rights	With permission of the license/copyright holder
Download date	2026-09-20 02:05:44
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/222753

DILEMAS CULTURALES Y TENSIONES PERSONALES EN
EL MINISTERIO PRESBITERAL • LA FIGURA IDEAL DEL
PRESBITERO • LA FORMACION HACIA EL MINISTERIO
PRESBITERAL • LOS CANDIDATOS AL SACERDO-
CIO Y LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA • HOM-
BRES EN LA COMUNIDAD

145

1990

MINISTERIO PRESBITERAL: DEBATES Y PERSPECTIVAS

Por JOAQUIN GARCIA ROCA, PEDRO M. LAMET, JOAQUIN PEREA,
JOSE A. UBIETA, DEMETRIO VELASCO y F. JAVIER VITORIA

IGLESIA

REVISTA DE PENSAMIENTO CRISTIANO

VIVA

IGLESIA
VIVA

Ministerio presbiteral: debates y perspectivas

IGLESIA VIVA

Núm. 145, enero-febrero 1990

	<i>Página</i>
PRESENTACION	5
ESTUDIOS	
Los relatos del cura. Dilemas culturales y tensiones personales Por Joaquín García Roca	11
Reflexiones fragmentarias sobre la formación hacia el ministerio presbiteral. Por F. Javier Vitoria Cormenzana	33
Aportación teológica al diseño del cura del futuro. Por Joaquín Perea González	49
NOTAS	
La formación de los candidatos al sacerdocio en la doctrina social de la Iglesia. Comentario crítico de un documento romano. Por Demetrio Velasco	101
EL SIGNO Y EL TIEMPO (Crónica cristiana)	
Señales de un dios mayor. Por Pedro Miguel Lamet	111
LIBROS	
Para la identificación del ministerio eclesial . Por José Ángel Ubieta	127
Identidad cristiana y compromiso. Por Francisco Fayos Vidal .	137
LIBROS RECIBIDOS.	139

MINISTERIO PRESBITERAL: DEBATE Y PERSPECTIVAS

Un número de IGLESIA VIVA, como el que tiene en sus manos el lector, merece una introducción especial que explique por qué y con qué talante abordamos hoy como problemática una cuestión cuyo debate parece estar ya agotado. La impresión que se quiere transmitir es que ya se ha superado la crisis de identidad, y "los sacerdotes gozan de buena salud".

Antes de éste, IGLESIA VIVA había dedicado al tema del ministerio presbiteral cuatro números monográficos, en los que ha ido reflexionando sobre el ministerio y vida sacerdotal en las diferentes situaciones por las que se ha pasado a lo largo del postconcilio.

En 1970 aún se vivía el clima de la novedad conciliar y se creía que la Iglesia iba a renovarse profundamente y a adaptarse, desde sus estructuras funcionales más decisivas, a las características del mundo y la cultura en la que tenía que evangelizar. En el nº 28/29 de ese año, "SACERDOCIO Y SEMINARIO", se respiraba ese aire de novedad y cambio, aunque desde la sensatez y seriedad teológica que han caracterizado a la revista. No sólo el artículo de Fernando Urbina - "Hacia una nueva figura del sacerdocio"- sino las reflexiones teológicas de Olegario González de Cardedal y Fernando Sebastián, apuntaban a una renovación de los ministerios en la Iglesia, más acorde "con las nuevas exigencias de un mundo nuevo ante el Evangelio" (p.345).

Por ello se concluía así la reflexión teológica sobre la encuesta que entonces se hizo a los seminaristas: "Parece ya acuerdo general que lo que está primariamente en crisis dentro del mundo clerical no es el sacerdocio

mismo, sino la configuración social del sacerdote dentro de la Iglesia y sociedad... Hay que tener en cuenta que la Iglesia, además de ser la sociedad visible y jerárquica de los creyentes, lleva sobre sí una cuasi-sociedad de origen temporal y de índole socio-cultural-económica cuyos materiales proceden de su pasado histórico y constituyen un estricto 'mundo' adherido a la Iglesia que coexiste con el mundo y la sociedad humana propiamente dichos. Este micromundo es en gran parte el mundo clerical, pues los clérigos son los que han sido educados en esta subcultura y tienen que vivir sometidos a sus leyes y a sus usos sociales... Nuestros seminaristas no entienden por qué el ser sacerdotes en la Iglesia lleva consigo el tener que extrañarse cultural y socialmente del mundo real de los hombres... Es urgente que se tomen pronto las medidas conducentes a superar la crisis existente..." (pgs.441-444).

El año siguiente, en el mismo ambiente de búsqueda de un nuevo perfil de la figura sacerdotal en el contexto actual, IGLESIA VIVA reflexionaba en un largo trabajo colectivo sobre los resultados de la encuesta hecha al clero, como primer paso de Asamblea Conjunta de Sacerdotes y Obispos que se celebró ese otoño. Era el n° 33, (Mayo-Junio, 1971) "PROBLEMA ACTUALES DEL SACERDOTE". En él se analizaban crudamente los síntomas de la crisis de las figuras sacerdotales vinculadas a un mundo de cristiandad, pero se describía también el camino de la recuperación. "En medio de la tiniebla, hay caminos de esperanza que, en el sentido expuesto, son los caminos que llevan desde una anterior estabilidad lograda a nivel legal, sociológico y disciplinar, a una estabilidad que se arraiga en lo profundo de la persona del sacerdote" (pg. 207).

En esta búsqueda de una identidad y autenticidad personal, que integre la misión cristiana y sacerdotal en los nuevos contextos históricos, con fidelidad a las exigencias del Evangelio pero con superación de formas más ligadas al mundo y a la "subcultura" de lo clerical, seguimos trabajando durante los años sucesivos los componentes del grupo de IGLESIA VIVA. Pero a partir de la Asamblea Conjunta empezaron los miedos a los cambios y rebrotaron las estrategias pastorales que confiaban más en la "estabilidad legal, sociológica y disciplinar" que en la maduración personal y la fe en la acción del Espíritu.

Entre nosotros, casi todos sacerdotes que intentamos unir la reflexión teológica a nuestras experiencias vitales y ministeriales, se fueron diversificando las posturas como consecuencia del talante personal, de las opciones y de las funciones concretas que cada uno ha desarrollado en la iglesia. El Consejo de Dirección de IGLESIA VIVA se fue renovando pero creemos que siguió manteniendo sus características de realismo, libertad y seriedad en medio de las nuevas tendencias neoconservadoras que se implantaban. In-

cluso en algunas ocasiones, como en 1979, al cumplirse un año del pontificado de Juan Pablo II, nos atrevimos a publicar en un estudio colectivo la siguiente reflexión sobre el ministerio presbiteral:

“Desde los primeros momentos de su pontificado el Papa ha mostrado un interés especial por clarificar la esencia y las tareas del sacerdocio. También en este tema, consideradas ya superadas las turbulencias del inmediato posconcilio, Juan Pablo II convoca a los sacerdotes a una reafirmación de la propia identidad.

El punto cardinal sobre el que se apoya la recuperación es la afirmación conciliar (cfr. LG 10) acerca de la de la diferencia ‘*essentia et non gradu tantum*’ entre el sacerdocio ministerial y el sacerdocio universal. Esta realidad se expresa en una vocación especial a la que corresponde una vida también peculiar. Aquí se enraiza la exigencia del celibato y el apremio a ser fieles para siempre a la llamada aun en medio de las dificultades del tiempo presente. De ahí también la crítica, subrayada varias veces, de la adaptación al mundo como actitud contraria al mantenimiento de la identidad del sacerdote.

Nos alegramos vivamente de que el Papa exija a los sacerdotes una clara definición de su identidad, fortaleza en sus tareas específicas y fidelidad hasta la muerte en el servicio ministerial.

Pero nos preguntamos también sencilla y honradamente si en el fondo de aquella argumentación no subyace ‘el modelo polaco’ que para nosotros resulta distante. Desde un punto de vista teórico, la expresión conciliar arriba recogida se juzga teológicamente poco feliz por proceder de una consideración quizá demasiado jurídica de la ordenación al ministerio. Y desde un punto de vista práctico las preguntas se acumulan. ¿El ministerio sacerdotal se oscurece por causa de la ‘adaptación’ al tiempo? ¿Se puede trazar con precisión la frontera entre el interés por los problemas del mundo, necesario para anunciar el Evangelio, y el desvahimiento de la tarea específicamente sacerdotal? Al insistir en la ‘diferencia esencial, no sólo gradual’, ¿no renace un clericalismo que saca al sacerdote del pueblo de Dios?”. (Nº 83, 1979, pgs. 485-486).

Año y medio después, a principios de 1981, IGLESIA VIVA vuelve a reflexionar sobre SACERDOCIO Y MINISTERIOS EN LA IGLESIA ACTUAL (Nº 91/92). Algunos de los autores que colaboran en él no pueden ocultar un cierto escepticismo al tratar temas que teológica y críticamente están muy abiertos a nuevos planteamientos, pero que parecen cerrados ya en cuanto

a la posible repercusión institucional en la iglesia. Es un tema al que Fernando Urbina había dedicado toda su vida -práctica y teóricamente- y al que vuelve por invitación de la revista con una gran "no-ingenuidad", tras haberle dado "carpetazo". Joaquín Perea en cambio mantiene la esperanza en que una Iglesia ministerial vaya sustituyendo paulatinamente a una Iglesia clerical. "Será preciso un período de experimentación en que la acción del Espíritu, como en tantas otras coyunturas históricas, se adelante a la reflexión teológica y a la decisión de la autoridad. La renovación será larga y costosa porque los antiguos esquemas están muy arraigados en nosotros. No podemos caer en los viejos plantamientos, imponiendo a los nuevos ministerios esquemas clericales preconcebidos" (pg.143).

Pero la reconstrucción de la figura clerical del presbítero y la absorción práctica de todo ministerio eclesial por el monopolio del presbítero-clérigo ha ido progresando en la praxis de casi todas las diócesis de la Iglesia Católica, condicionando a la vez la forma de reclutamiento, formación y régimen de vida de los presbíteros. Hoy, al empezar los noventa, tras los grandes cambios del este europeo, el "modelo polaco" de iglesia y de clero están fortalecidos y creemos que, salvo excepciones, van a dominar el panorama eclesial en los próximos años.

Y precisamente en este contexto, con una gran "no-ingenuidad", con clara consciencia de que no tenemos una solución clara y definitiva para toda la Iglesia, IGLESIA VIVA se ha propuesto reflexionar una vez más sobre el ministerio presbiteral. Lo hacemos desde nuestra propia experiencia personal y desde la comunión fraterna con muchos presbíteros que se encuentran desorientados o paralizados ante los modelos que se van imponiendo como los únicos válidos para cumplir una misión que acogieron un día con generosidad y a la que intentan ser fieles hasta la muerte. Lo que pretendemos es sencillamente decir que hay problemas teóricos y prácticos sobre la figura del ministerio presbiteral que no están resueltos. El debate sigue abierto. Y es necesario al menos respetar un pluralismo de experiencias que, aunque minoritarias, pueda servir de base a los cambios que sin duda tendrá que afrontar la Iglesia cuando pase el actual momento de triunfalismo restauracionista. Por eso titulamos el número "DEBATES Y PERSPECTIVAS".

El primer estudio, de JOAQUÍN GARCÍA ROCA, intenta abrir el panorama del pluralismo de formas de lo que ordinariamente llamamos ser cura o sacerdote: el guía, el sacerdote, el clérigo, el animador socio-cultural, el intelectual. Relatos en crisis en el tejido de la sociedad actual. Grandeza de la realización personal de esa compleja función, cuando no se parte de estereotipos y reglamentos sino de una integración del sujeto en su contexto que necesariamente será plural.

Formar ese tipo de personas auténticas que sirvan a la comunidad y al Evangelio de Jesús no es tarea fácil. Sobre ello reflexiona desde una amplia experiencia JAVIER VITORIA en el segundo estudio.

La parte más estrictamente teológica corre a cargo, una vez más, de JOAQUIN PEREA, que ofrece un ordenado y exhaustivo panorama de la más reciente teología católica sobre los ministerios en la Iglesia, y más en concreto sobre el ministerio presbiteral.

Es necesario ver hasta qué punto el más riguroso análisis de las fuentes de la revelación deja caminos abiertos sobre la manera como han de estructurarse e incluso llamarse los diferentes ministerios, consagrados o no por el sacramento del orden. Por eso no se puede aceptar que rápidamente se den por cerradas cuestiones o experiencias que no lo están. O se acuse oficialmente de doctrina peligrosa a obras como la de José Ignacio González Faus ("Hombres de la Comunidad..."), que se arriesgan a hacer nuevos planteamientos teológicos y abrir nuevas perspectivas. Se podrá en algún punto no coincidir plenamente con él. Pero siempre admitiendo que es un tema a debate y diálogo, como lo hace en este mismo número JOSE ANGEL UBIETA.

Con toda sencillez y respeto quisiéramos decir a nuestros obispos que lo que más perjudica la superación de la crisis de identidad que padecen todavía hoy muchos sacerdotes y seminaristas no son precisamente libros como el de González Faus, sino la persistencia de actitudes criptoquisitoriales, que hacen dudar de la sincera opción por la verdad y la humilde disposición de la iglesia a revisar siempre su práctica a la luz del Evangelio de Jesús.

Si la más rigurosa reflexión teológica deja abiertas las puertas a la multiplicidad de formas por las que la Iglesia puede optar para organizar su estructura ministerial, es legítimo que la Iglesia, con prudencia pastoral, opte históricamente por unas formas y excluya otras. Pero lo que no es correcto es querer después legitimar y defender esa estructura histórica concreta con la fuerza irreformable de la revelación, reprimiendo para ello cualquier reflexión que abra otras perspectivas. No es correcto y además es inviable en un mundo caracterizado por la libre circulación de las ideas.

Completan el número una nota de DEMETRIO VELASCO sobre las recientes normas para la formación de la conciencia social de los aspirantes al sacerdocio, la habitual crónica de PEDRO M. LAMET, y algunas reseñas de libros.

* * * *

Con este número IGLESIA VIVA empieza su 25º Año de publicación. Habíamos pensado, como se decía en un Servicio de Documentación enviado antes de Navidad, en la celebración de una JORNADAS de diálogo y reflexión entre suscriptores y colaboradores. Por las respuestas recibidas a nuestra proyecto inicial nos hemos dado cuenta de que tanto unos como otros son personas que acuden a muchas reuniones y encuentros. En esos otros foros nos veremos. Y por nuestra parte celebraremos el año jubilar esforzándonos en construir números buenos e interesantes.

Agradecemos mucho los comentarios y sugerencias que nos hacen los lectores y quisiéramos que este diálogo se potenciase aun sin el encuentro físico. Y aunque no haya una sección de cartas en la revista más de una vez hemos publicado aportaciones o críticas de los lectores.

La infraestructura de la revista está asegurada, sin necesidad de subvención institucional alguna, por la generosidad de los lectores que envían con puntualidad sus cuotas de suscripción y ayuda. Muchos lo han hecho, a nuestra primera invitación, enviando la del año actual antes aún de recibir este primer número. Gracias. Y esperamos que los demás lo hagan cuanto antes, para que pueda mantenerse y mejorarse, en el seno de la Iglesia Católica pero con la libertad que ella misma proclama y necesita, este instrumento de creación y difusión de un pensamiento cristiano libre y comprometido con la historia y el Evangelio.

Antonio Duato

LOS RELATOS DEL CURA

Dilemas culturales y tensiones personales

Por JOAQUIN GARCIA ROCA

El Presbítero, nacido del Evangelio de Jesús, no posee una clara denominación de origen, ya que no dispone de acta fundacional que inequívocamente establezca sus compromisos, ni de un mandato explícito que unívocamente señale su destino, sino que hunde sus raíces en el ser sacramental de la Iglesia (LG.1). La densidad de la sacramentalidad se despliega en múltiples manifestaciones y ha fecundado su figura histórica de mezclas, sincretismos y connivencias, que se reclaman de diferentes tradiciones socio-culturales.

Hay evidentemente una simbólica evangélica que ha originado la existencia del Presbítero y que viene de Jesús; es más una inspiración que unos contenidos, una fuerza histórica que una trama concreta. Ese contenido originario que se reclama a las fuentes bíblicas lo llamaremos "Presbítero" (1). Y hay también una simbólica histórica que ha contribuido a su realización práctica, a su ejecución concreta. Ninguna de las dos existe en estado puro, ni desarrolla dinámicas propias. Ese contenido cambiante que se reclama a los diferentes contextos históricos ha ido recibiendo el nombre de "sacerdote", "cura", "clérigo", "pastor"...

Como todo lo que nace del Evangelio, la figura del presbítero marca una distancia, posee una alteridad y rompe el registro de lo homo-

(1) Los contenidos fundacionales así como la legitimidad evangélica del Presbítero son presentados en este número monográfico por Joaquín PEREA. Sin aquellas reflexiones, este artículo quedaría incompleto.

géneo. El mensaje evangélico está presidido por la diferencia y la "desarticulación sistemática de lo homogéneo", que rompe con el modo tradicional de presencia de la religión en la historia. Cuando se anuncia la diferenciación radical entre la historia y su fin, entre la gracia y su esfuerzo, entre la salvación y su cumplimiento, se proclama que hay algo "irreductible a la sangre y a la carne".

Con la misma seguridad que se afirma la distancia, la alteridad y la diferencia, nada nace del Evangelio que no lleve la marca de la propia historia, posea una voluntad encarnatoria y penetre la justa marcha de las cosas humanas. Se realiza en la única historia existente, produce sus efectos de manera progresiva a través de la inculturación, se construye con materiales de esta realidad, requiere signos sensibles y asume herencias que llevan el peso de la tierra y la densidad de la carne.

Cuando ambos elementos se encuentran, originan la enorme riqueza en la interpretación del mensaje de Jesús y la pluralidad de realizaciones. La simbólica cristiana (1er. elemento) fecunda los caminos de los hombres en la medida que se convierte en fuerza histórica (2º elemento). Por esta razón, Juan Pablo II ha podido afirmar con motivo de la celebración del próximo Sínodo de Obispos (Octubre), que "hay una fisonomía esencial del sacerdote que no cambia, un rostro definitivo del presbítero que apareció en Cristo, una dimensión destinada a durar y reproducirse incesantemente; si bien el sacerdocio debe adaptarse a cada época y a cada ambiente de vida para poder producir sus frutos". Unas veces es un sistema de pensamiento lo que es fermentado por el Evangelio, otras veces es una trama histórica lo que es convertido desde dentro. Así se puede afirmar que el pensamiento griego fue asumido y transformado por el mensaje cristiano en aquella gran peripécia que fue la escolástica. Igualmente se ha podido reconocer la fecundidad del evangelio en el ámbito de las Organizaciones; les sobran razones a quienes ven en el Derecho canónico la inculturación del sistema romano.

La sociología moderna ha subrayado junto a los sistemas de pensamiento y a las Organizaciones, la importancia de las Instituciones sociales.

La historiografía moderna ha hablado de las Instituciones "imaginarias" de significación para expresar cómo cambian los modelos de vida y la visión del mundo.

Todo hace sospechar que los dos elementos -distancia y proximidad,

alteridad y cercanía, diferencia y homogeneidad- se conjugan en la construcción de los valores, de los personajes, y de las expectativas que definen las Instituciones imaginarias. El resultado de esta combinación no puede atribuirse a uno más que a otro. Es una realidad tan original que no permite ser tachada ni de sociologismo ni de trascendentalismo.

Cuando ambos componentes han ido articulándose en la realidad, se ha ido generando una variedad de formas concretas de realizar la tarea de presbítero. Cada una de estas maneras ha tenido que afrontar una serie de dilemas, de los cuales derivan muchas tensiones internas y no pocas de sus paradojas. Incluso aquellas representaciones que sirvieron para vehicular la experiencia originaria, se convirtieron en obstáculos que bloquearon algunos elementos decisivos que venían reclamados por la misión.

A lo largo de la historia, cada uno de esos referentes se ha convertido en una fuente de inspiración y en origen de importantes tensiones y conflictos. Nacieron así diferentes modelos que intentaban realizar la inspiración evangélica a través de unos registros socio-culturales: el sabio griego, el profeta judío, el legislador romano o el intelectual ilustrado.

El presbítero se va construyendo sobre unos relatos por donde circula la savia de cada uno de ellos y sufre sus interferencias. Del mismo modo que la saturación de ondas en el espacio impide la percepción de una de ellas, así el clérigo neutralizaba al pastor, éste se avecina mal con el profeta y los tres sufren la vecindad del intelectual. Cada uno de estos relatos constituye auténticas instituciones imaginarias que otorgan significado, se vuelven rasgos normales de la vida, e imprimen un sello a la personalidad. Cuando la nueva referencia se convierte en dominante, unos factores son absorbidos y otros desaparecen durante un tiempo. Estas instituciones sociales, que vehicularon la forma de realización del presbítero, pueden abordarse desde la teoría sociológica y la historia de las mentalidades. "Descubrir, sobre la base de pruebas históricas, que en otros tiempos el acento no estaba puesto donde está puesto ahora, puede ser liberador" (SCHILLEBEECKX, p.9).

a) El relato del guía

El presbítero nace inspirado por los relatos del *buen pastor* e incorpora a su práctica la dimensión sapiencial. El sabio es ante todo alguien que verifica las historias que cuenta: cree lo que dice y dice lo que cree. Como el sabio griego, hermana la calidad ética con los contenidos del saber. El guía no conoce la escisión moderna entre la teoría y la práctica, sino que su saber es ante todo una posición vital que integra ambas realidades.

El pueblo le pide al guía no sólo que sea experto en las realidades que representa, sino que sea mediación existencial en la vida del espíritu, que, si es auténtica, siempre es una vida sobria, humilde y discreta. Quien verifica las historias que cuenta está revestido de autoridad y puede ser el *guía* en la medida que cultiva la madurez, lo razonable y lo emocionalmente estable. La dimensión sapiencial saborea lo Indecible, se enfrenta diariamente con el desafiante horror de medir sus fuerzas con el Innombrable y se introduce a diario en un universo sostenido por la paradoja y la gracia.

Al guía se le atribuye igualmente conocer, interpretar y aplicar en justicia la Ley de Dios y dar una respuesta al pueblo en las cuestiones teológicas, morales y rituales: "enseñar al pueblo a discernir entre lo puro e impuro" (Ez.44,23) y conocer y explicar la Ley con acierto (Dt.17,8-11).

El presbítero no es solamente el portador de la tradición y el depositario de la Ley; es también su intérprete en la vida de la Comunidad (DE VAUX).

La figura del legislador está asociada a la capacidad de autoorganización que posea la Iglesia como institución pública. El presbítero como legislador nace inspirado por los relatos de un pueblo que camina cohesionado e incorpora en su práctica la dimensión legislativa. El legislador es ante todo alguien que procura la disciplina del grupo y su cohesión interna. A través de la norma dota a la comunidad de referencias estables y de límites seguros que marcan el dentro y el fuera, y con ello la capacidad misma de la cohesión así como la defensa del equilibrio y del orden que hacen posibles las condiciones de vida. Sólo allí donde hay fuerzas que se mantienen en equilibrio se posibilita la libertad.

Carecemos de un modelo racional sobre el saber y el comportamiento del guía, pero son conocidas sus tensiones *existenciales*. Su pa-

pel se ha complicado en el interior de una sociedad compleja, que ya no actúa en el interior de contraposiciones simples: buenos y malos, izquierdas y derechas, puro e impuro... Ya no existe la realidad dividida en dos partes, una de ellas luminosa y tenebrosa la otra. El diagnóstico maniqueo ya no es posible y el guía se encuentra en una situación nueva, en un mundo cada vez más complejo, en el que las certezas son simples supervivencias y las fronteras han caído. Lo cual obliga a un gran esfuerzo de análisis y de responsabilidad individual, proporcional al menos a la riqueza de matices y a la multiplicidad de fines. La luz y las tinieblas están confundidas en un continuo claroscuro. Como afirma STRADA, de la situación maniquea hemos pasado a la situación laberíntica, con un hilo de Ariadna que se rompe continuamente y que no siempre es posible volver a unir (p.281). El conflicto del guía se desdobra entre las falsas evidencias y su orden dogmático, y la necesidad de vivir en la pluralidad de fines y de medios.

La segunda aporía existencial del guía fue expresada por Platón cuando señaló el límite de cualquier guía: el timonel conduce al puerto a sus pasajeros, pero no puede saber si ello será bueno o no para él. El conductor conoce entonces los planos y la cartografía, es incluso un experto en aeronáutica; pero sólo la posibilidad de plantear la sospecha de que llegar al puerto podría no ser beneficioso para él le distancia del auténtico guía. El conductor moderno es un experto, alguien que domina la información; el guía, por el contrario, metaboliza el conocimiento y la bondad. No sólo llega al puerto porque conoce el itinerario, sino que la llegada es el resultado de su propio deseo.

La tercera aporía existencial le viene al guía por su condición de depositario de la Ley (Jer.2,8), juez de cuestiones morales e instructor del pueblo.

Las *tensiones existenciales* que han planeado sobre el ejercicio del legislador en la Iglesia tienen que ver con la tensión antigua y permanente de tener que conjugar la necesaria disciplina con la inevitable libertad. Esta tensión se ha convertido en los últimos años en una auténtica aporía existencial que ha sido expresada poéticamente por CAVAFI: "Sin apartarse nunca del deber,/ justos y equitativos en todas sus acciones,/ pero también mostrando piedad y compasión;/ ...siempre diciendo la verdad, pero sin odio a los que mienten". En el interior del "hombre de ley" hay una dificultad insalvable que puso de manifiesto Pablo en la Carta a los Romanos, al indicar que la interpretación de la ley distancia del mandamiento del amor. No fue el escriba sino el samaritano quien percibió las exigencias que nacían de la situación. La

ley no es buena amiga de la percepción de lo justo; ¿qué piensa el clérigo actual cuando debe prohibir el sacramento al divorciado, o negar la sepultura cristiana al increyente...?. La misericordia se concilia mal con la absolutez de la ley y ningún sistema legal puede apagar aquella exigencia evangélica. El presbítero vive así una antinomia muy difícil de soportar: hacer compatible las aspiraciones de la conciencia personal con las exigencias de la Institución. El guía como funcionario del sistema eclesiástico ha golpeado fuertemente al Presbítero hasta dejar fuera todo lo que resulta incómodo para el proyecto institucional y acaba fomentando los mecanismos de censura, y defendiendo todos los actos de la institución que representa.

El legislador pervirtió al Presbítero ya que en lugar de reconocer en lo concreto el lugar de la equidad logró situarle en una escisión vital sangrante que utiliza a diario lo que GADAMER ha llamado "la dialéctica de la excepción" por la cual defiende a ultranza la validez de la ley moral, pero intenta hacer valer el carácter excepcional de la situación. El dilema se resolvía a base de aumentar las excepciones (KS.182). El presbítero-legislador era el hombre del puro deber que podía dejar de ser justiciero si se distanciaba del deber mediante la excepción; en caso contrario se hacía justiciero o escrupuloso. Por lo primero, pierde el amor al prójimo ya que pierde la compasión; por lo segundo se pierde a sí mismo ya que pierde la paz interior.

Las *aporías teóricas* giran en torno a una tensión que ha presidido desde antiguo las situaciones del guía y se han agrandado en nuestros días al producirse la fractura moderna entre la teoría y la praxis. Ha sido él quien mayormente ha percibido la distancia entre la Escuela y la vida. En la medida que la "teoría" se convertía en una explicación orientada al dominio técnico de la realidad, el guía era sustituido por el experto. Mientras el guía es ante todo una posición vital que integra la teoría y la praxis, el experto convierte el saber en un instrumento en función de algo. El presbítero deja de ser un guía para convertirse en un experto que sabe de moral, de derecho, de teología, de liturgia. La batalla moderna sobre el estatuto de la teología no es inocente en este proceso. Homologar la teología al resto de los saberes comportaba distanciarse de la "sabiduría teológica".

Es sabido que Max Scheller no fue un modelo de virtud, y sin embargo pudo crear la ética material de los valores; ante la pregunta de un alumno que le increpaba con gran sorpresa cómo podía explicar tan claramente la fuerza normativa de los valores y sin embargo adecuar-

se tan poco a ellos en su vida, contestó: "¿Acaso el cartel indicador camina en la misma dirección que él indica?".

La desventura del guía en estos últimos años ha sido intentar establecer normas de validez universal que le convierten en experto, como aquel que sabe frente al que no sabe, en lugar de compartir una búsqueda común y solidaria. En el interior de la tradición sapiencial hay una dificultad insalvable que puso de manifiesto Kierkegaard en su crítica al cristianismo eclesiástico: que todo saber a distancia no satisface la situación religiosa fundamental del hombre, sino que amenaza en camuflar y debilitar su exigencia. Conocer y aceptar son dos cualidades íntimamente unidas en el cristianismo.

Lo sapiencial del cura se ha visto sometido a un proceso de estupidez que se ha expresado en unos síntomas cada vez más alarmantes. Portadores de verdades desafiantes y faltos de humildad, algunos de ellos sucumbieron al desafío y a la provocación. Se pierde de este modo la autoridad del sabio por defender las normas "universales" que representan.

b) El relato del sacerdocio

La figura del presbítero encontró muy pronto afinidades suficientes para vincularse a la Institución multisecular del sacerdocio forjada con los materiales propios de las religiones del mundo. En razón de su procedencia, el sacerdocio era una pieza clave del universo religioso y en muchos casos incluso su piedra angular, su destino y su significación.

La primera recepción del sacerdocio que se hizo ya en el momento fundacional de la Iglesia tuvo como referente la institución levítica, quien había construido un amplio sistema de valores y de signos, de símbolos y de prácticas rituales. Según el Deuteronomio, todo sacerdote es un levita, porque el sacerdocio legítimo es el sacerdocio levítico. Todo su sistema se ordenaba en torno a un triple eje. En primer lugar se construía en torno al deseo colectivo de encontrar un mediador ante la divinidad: sólo ellos pueden subir al altar y ofrecer los dones, ofrecer sacrificios y transmitir el perdón (Ez.44,26).

En segundo lugar se alimentaba sobre la convicción, ampliamente documentada por todas las religiones, de un territorio específico de lo Sagrado, cuyos límites se distinguían como las naciones en un mapa.

Los sacerdotes vivirán en un recinto sagrado reservado a ellos (Ez.45,1-6), "sacado de entre los hombres" (Heb.5,1).

En tercer lugar se reproducía sobre la persistencia de unos rasgos existenciales que definían la personalidad del sacerdote: la piedad, la castidad, la obediencia, la abnegación, la austeridad...

La afinidad entre Presbítero y Sacerdote se estableció tan íntimamente que se produjo una completa vinculación hasta llegar a la total asimilación. Hablar de presbítero equivalía a hablar de sacerdocio. Los peligros y las ambigüedades de tal identificación fueron denunciados ya por las primeras comunidades cristianas, cuyo testimonio constituye el mensaje de la Carta a los Hebreos. Según la lectura teológica que hace el autor de Hebreos, el cristianismo ha golpeado seriamente el triple fundamento de la Institución sacerdotal. A partir de Jesucristo, ya nadie estaba legitimado a ejercer de mediador ya que El mismo es el Medio, "de una vez por todas".

Ni siquiera se podía hablar con propiedad de un territorio de lo Sagrado, ya que la encarnación había roto los límites y las fronteras de lo profano. Todo era santo, por la gracia de la encarnación.

De este modo, la existencia cristiana marcaba unos rasgos de personalidad que Pablo definió como "cinturón, espada".

Pero estos rasgos no eran distintivo de los presbíteros sino que tipificaban el sacerdocio común que nace del bautismo y caracteriza a todos los creyentes.

La vigencia eclesiástica de la figura del sacerdote en el interior del mundo católico y su apabullante reconocimiento por parte del Código de Derecho Canónico no libró a los presbíteros de sufrir serias y profundas *tensiones existenciales* que se han visto agudizadas en los últimos tiempos. No cabe duda que el proceso de "sacerdotalización" que sufre el presbítero produjo la santidad de muchos ministros, pero no pudo impedir su distanciamiento de la comunidad eclesial y del grupo humano. La experiencia de muchos sacerdotes, en tiempos y lugares muy diversos, ha visto peligrar sus deseos de fraternidad en la soledad de la incomunicación, o ha sentido la decadencia de su ideal sacerdotal en un ambiente de ejercicio rutinario y falto de comunicación creyente. El ejercicio cotidiano de la sacralidad no es siempre la mejor escuela de fraternidad y comunicación. Debemos añadir a esto, el debilitamiento de las bases sociales sobre las que se sustentaba la legitimidad de la forma sacerdotal, a causa de la emergencia del pluralismo y el cuestionamiento del valor de lo sagrado sostenido por las Instituciones.

La descalificación teológica de la figura sacerdotal que inició el propio Jesucristo es un permanente aviso contra el deterioro de la fraternidad.

Los dilemas teóricos se presentan entre la misión universal que caracteriza a la causa de Jesús y el rasgo particular del que se realiza en la forma sacerdotal en cuanto que responde sólo a las necesidades religiosas. El presbítero experimenta hoy que un "sacerdocio" universal debe atender igualmente a aquella parte de la población que se define creyente pero no-religiosa. Y cada vez son más los hombres y mujeres creyentes que no sienten ninguna sintonía con el mundo de lo sagrado, con sus símbolos y sus signos. Una vocación universalista siente hoy como dificultad la estrechez de las representaciones sacrales. Necesita ampliar el espectro y diversificar los códigos de comunicación sobre todo con aquel sector poblacional que carece de experiencia religiosa.

Hay una presidencia de la comunidad que se resiste a ser judía, o simplemente religiosa; y reclama el derecho a ser gentil con los gentiles, griego con los griegos, judío con los judíos, religioso con los religiosos. Si el presbítero quiere ser hoy un evangelizador ha de romper las formas sacerdotales por amor al Evangelio.

c) El relato del clérigo

La figura del clérigo está asociada a la capacidad que tiene la Iglesia de configurar el espacio social, y su destino está unido a la suerte que tenga la religión como fuerza estructurada de la sociedad. Con el nacimiento del clérigo, se origina una profesión, una clase de hombres a quienes la vida eclesiástica les ofrece no sólo la satisfacción de realizar una vocación, sino también aquellos elementos que son comunes a toda profesión: poder e influencia, prestigio y respetabilidad, recompensa y beneficios.

La profesión de clérigo le otorga un complejo de funciones con derechos y obligaciones sancionados por la costumbre o por el derecho canónico. Aparecen una serie de cualidades que le aproximan a toda profesión: un sistema de recompensas materiales, un código de identificaciones grupales, unas referencias de status y de prestigio.

El clero fue un factor de estratificación interna en la organización religiosa. Junto a la nobleza y a la gente común, fue una clase impor-

tante en la Edad Media que provista de la instrucción suficiente ejercía una decisiva influencia moral y cultural. Simétricamente a la estratificación de la sociedad en aristocracia y pueblo, se construyó la estratificación de la Iglesia en clero y laicos. Y hasta muy recientemente, la clerecía ofrecía un importante instrumento de movilidad social para jóvenes de modesta extracción social, aunque el alto clero "estaba íntimamente ligado por vínculos de sangre a la nobleza" (TROELTSCH).

La profesionalización de la vocación sacerdotal supone el inicio de una institucionalización que tenía a su favor asegurar la continuidad, lograr la estabilidad y fortalecer la organización eclesiástica, así como desarrollar una élite preparada capaz de dedicar su competencia a los intereses organizativos de la Iglesia; a cambio produce igualmente una ritualización del carisma al transformarse en status y en rol social. El clero acaba identificándose con una serie de rutinas y formalidades que le vienen dadas por la definición legal de su figura.

Cuando la figura del presbítero se profesionaliza, se adapta a los valores de toda organización que acaban banalizando la dimensión carismática de su vocación. Para conservar la experiencia originaria, se desarrolla ya en el siglo II una literatura profética que denuncia las ambigüedades de este proceso y en muchos casos provoca una violenta protesta dirigida a recuperar la experiencia original.

El clérigo que cumple las funciones y las exigencias requeridas por la organización social tiene la larga vida que se le puede suponer a los dinamismos societarios y a las funciones que son esenciales a la organización social como son el consenso y el control. Sin embargo, lo que parece una ventaja, pronto muestra toda su peligrosidad ante los graves *interrogantes personales*. Cuando el clérigo se descubre como un elemento de legitimación social, transgrede el elemento gratuito y voluntario de su vocación. Totalmente integrado en lo social, el clérigo renuncia a todo rastro de alteridad y de trascendencia. La continuidad y la estabilidad inherentes a toda profesión producen finalmente la alienación y la debilidad del carisma al convertirse en un elemento de la construcción social y de su mantenimiento. El clérigo se identifica de tal modo con la organización social que todo cambio en su estructura se vive como una amenaza personal.

La estratificación interna de la Iglesia tuvo graves efectos sobre los presbíteros. Desarrolló elementos que les llevarían a una profunda soledad, en la medida que el laicado fue confinado a posiciones periféricas, y a distanciarse de la gente en su vida cotidiana. Se produce

"una especie de divorcio entre una comunidad de hombres que ya apenas eran fieles y una institución de eclesiásticos cuyos problemas, actividades, intereses y lenguaje ya no eran los de la comunidad humana viviente" (CONGAR). El clericalismo es el fruto de esta vinculación del Presbítero al clérigo, que llegará a amenazar profundamente la fraternidad cristiana por el uso de medios coercitivos propios de la sociedad civil. El boato propio de la autoridad civil servirá para profundizar la distancia entre el clérigo y el laico; y la misión pastoral se convierte en beneficio, como si fuera una finca que da lugar a derechos adquiridos; el propio celibato acaba siendo el "revestimiento social de personas incapacitadas para la relación fraternal; un cierto eunuquis-mo, y no evangélico, casa muy bien con todos los factores anteriores: beneficalización, boato, ritualismo, sacristanía... Muchas vocaciones lo son más a la clerecía que al presbiterado" (TRUJILLO, p.343).

Convertir la figura del clero en una pieza del mantenimiento de la sociedad ha perdido vigencia en la sociedad moderna, que se considera una sociedad emancipada. No parece necesitar ninguna figura que se sustraiga a la división del trabajo. La sociedad moderna puede instituirse a sí misma sin referencia a figuras trascendentes.

A los interrogantes personales, se deben añadir los *dilemas teóricos* que se le plantean al clérigo. El más importante gira en torno a la legitimidad de la alianza entre la religión y la sociedad. ¿Cómo salvar los elementos de alteridad y de gratuidad que tiene la vocación si la figura del presbítero se reduce a cumplir las funciones sociológicas de la religión? ¿No se esconde detrás de esta alianza una radical falta de fe y un proyecto conservador de Iglesia? El compromiso entre la religión y la sociedad aumenta el papel sociológico de la religión pero disminuye su legitimidad evangélica. Y en consecuencia banaliza la significación del cura al sustraerle su misión esencial. Convertir la figura del clero en una pieza del mantenimiento de la sociedad vehicula una concepción de la Iglesia muy contestable. La victoria necesariamente tenía que ser pírrica ya que el proceso de secularización alumbraría unos estados de derecho y unas sociedades que son autosuficientes para resolver los problemas que se le plantean sin necesidad de postular una instancia ajena.

El clérigo está, de este modo, más en función de nuestras exigencias que de una sacramentalidad eclesial; sirve a la estabilidad de un organismo enfermo. ¿Es posible reconocer al Dios de Jesucristo en una Iglesia útil a la estabilidad de la sociedad?

Los problemas que sufre el clérigo, las tensiones y los dilemas son los problemas de la organización religiosa y de su relación con la sociedad. De este modo, el presbítero se ha visto expulsado de su matriz original.

d) El relato del animador socio-cultural

Recientemente el Presbítero se vio asimilado por la figura emergente del animador socio-cultural. La afinidad entre ambas figuras venía por la común voluntad encarnatoria, por la colaboración con las fuerzas "progresistas", por la cercanía con los pobres y por la lucha por la justicia. Se produce de este modo un intento por recuperar la dimensión profética del Presbítero.

El Presbítero-profeta recupera su vigencia como en tiempo del exilio, cuando los desterrados encontraban en la voz de su profeta el ánimo y la esperanza. El presbítero se vincula de este modo a los relatos del centinela e incorpora en su práctica la dimensión profética. El profeta es ante todo un transgresor que sugiere que todo podría haber sido de otra manera. La tradición testamentaria pone en su boca palabras que pueblan de disidencias la escena pública. Está ahí para mantenerse despierto, vigilante, menos preocupado por sí mismo que por los otros. Obligado a hablar fuera de hora, después de la fiesta, a tiempo y a destiempo "está presto a hacerse cargo de la esperanza" (1 Pedro, 3,15). La figura del profeta es quien garantiza hoy la ética de la resistencia y su legitimidad le viene de su proximidad al sufrimiento, a las necesidades insatisfechas y a la historia de los perdedores.

La *aporía existencial* de la figura profética nace de su encuentro con la figura del Apóstol. Mientras el Apóstol mide su verdad por el número de clientes y adeptos, vulgariza y difunde las verdades, y representa la Ley y la ortodoxia; el Profeta testimonia y habla por dogmas y decretos, sin atender a la parroquia y a sus adhesiones. El Apóstol vive de la tregua y del compromiso, el Profeta exhibe el mensaje hasta lograr tener razón contra la ciudad entera. El Profeta es un ser individual, solitario, que piensa la verdad en forma de Universal singular y afronta el riesgo de hablar; el Apóstol es un ser vinculado a los otros y militante.

La *aporía teórica* del Presbítero-profeta ha sido subrayada en los últimos años por los nuevos filósofos franceses. Por debajo del conflicto se encuentran dos modos radicalmente contrarios de concebir el monoteísmo y la ética. El monoteísmo que representa el apóstol tiene en el

Amor definido como Agape, su referencia fundamental; el monoteísmo de los profetas concibe el Amor como Justicia. Si el Agape ama sin condiciones ni motivos de modo que paga lo mismo al que llegó el último que al primero, la Justicia ama al otro en cuanto es verdaderamente hombre, hecho que prueba a través de su conducta y de su comportamiento.

Esta contradicción afecta fundamentalmente al modo de entender la proyección ética. Si el amor apostólico ve incluso en el asesino a su propio hermano a quien quiere y perdona, el amor profético no cancela la culpa y la amnistía "no tiene ningún sentido" (LEVY, 281). Se cree de este modo que "el desgarrón que media entre el absoluto de la ley del amor y el absoluto de la libertad malvada no puede ser del todo roto" (JANKELEVITCH, p.17). Lo imprescindible se convierte en la categoría ética fundamental. Hay actos que no pueden ser perdonados, "cuando un acto niega la existencia del hombre en tanto que hombre, la prescripción tendente a absolverlo en nombre de la moral contradice ella misma a la moral, de modo que es contradictorio y hasta absurdo invocar aquí el perdón" (JANKELEVITCH, p.27).

La aporía existencial del cura en su dimensión profética es que se han achicado los espacios para la transgresión, así como la zona lábil y oscilante que requiere toda disidencia.

En lugar de la nostalgia por el futuro, se ha impuesto cultural y eclesiásticamente la nostalgia por el pasado. El clérigo pierde su condición de transgresor y deja de apostar por otra sociabilidad para atarse a las imágenes restauradas del deseo.

Incluso los más lúcidos, cuando ejercen de centinela sólo escuchan el aproximarse del enemigo que procede del territorio ajeno y así la alarma propia siempre llega demasiado tarde.

e) El relato del intelectual

También la Ilustración llegó al Presbítero. La idea de que la cultura constituye un dominio independiente surgió en Europa en los tiempos modernos, y en ese momento apareció la figura del intelectual como habitante de aquel campo autónomo de la existencia, que trasciende el contexto histórico y geográfico en el que vive. La función del intelectual es la creatividad, la libertad y la independencia, que permite una determinada división del trabajo entre las tareas físicas y las

tareas intelectuales. Desde ese momento, advertía Marx en *La Ideología Alemana*, hay quien "se halla en condiciones de emanciparse del mundo y entregarse a la creación de la teoría pura, la filosofía y la moral puras..." (p.32). La tarea intelectual se asigna a unos individuos que se convierten en el grupo social de los intelectuales. A ellos corresponde "crear pensamientos, mientras que los demás adoptan ante estas ideas e ilusiones una actitud más bien pasiva y receptiva" (p.51). Su propia existencia anticipa una visión elitista de sus funciones hasta asignarle unas tareas de mentor y de iluminaria social. Pertenece, como afirma Steiner, a la casta más consentida de la historia de los "mandarines".

El intelectual es alguien que cree en la emancipación del pensamiento y de la humanidad y asume la responsabilidad pública de luchar contra los prejuicios y la dependencia. Empeñado en hacer consciente la actualidad opaca y confiado en la capacidad crítica, se enfrenta a los prejuicios tanto a los que proceden del antiguo oscurantismo religioso como de los mitos supuestamente científicos. Se autoproclama distribuidor inapelable de anatemas y de bendiciones.

El presbítero encuentra afinidad y congruencia con el intelectual en quien ve realizado el ideal de la conciencia personal por encima de las patrias y de los partidos, el ideal de una existencia que sobrepasa el mundo de lo cotidiano, el referente de una libertad presuntamente incontaminada, el modelo de una existencia convencida del valor de las ideas, la seducción de un compromiso con lo verdadero.

La forma histórica y concreta de realizarse la asimilación entre el Presbítero y el intelectual fue la aparición del *Presbítero-teólogo*, de modo que ser presbítero equivalía a ser teólogo; la teología como ejercicio intelectual es una condición y un requisito para la actividad presbiteral. No cabe duda que este maridaje abrió posibilidades nuevas a los presbíteros e incluso les reconcilió con el imaginario social de una época, pero también se inicia de este modo un itinerario de aporías existenciales y teóricas.

La *tensión existencial* se expresa en un doble sentimiento contradictorio: el deseo de formar parte de una comunidad y el imperativo de proclamar la libertad. El teólogo aspira a ser la voz de la razón, y el presbítero la voz de la tradición. Dos exigencias difícilmente compatibles. La lucha entre el presbítero y el teólogo es la tensión entre la vinculación comunitaria y la autonomía del pensamiento. Mientras el primero se identifica con el espíritu de su comunidad y es servidor de la unidad y de la cohesión del propio grupo, el teólogo testifica la auto-

nomía del pensamiento y pertenece a la tradición de la libertad. La solución del conflicto existencial ha venido fundamentalmente por dos caminos. Algunos teólogos lo han resuelto identificándose con la causa de los desvalidos; otros han intentado superar la contradicción convirtiéndose en pensadores orgánicos dentro de un sistema que puede proporcionarles ciertas comodidades y cierta audiencia académica. Los primeros han hablado últimamente por boca del cardenal Arns que propuso ante la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe con motivo del juicio al teólogo BOFF, "experimentar los niveles de opresión, tomar parte en las comunidades eclesiales y en los grupos de cristianos que viven su fe desde y en medio de un compromiso por la liberación y promoción de la vida; de este modo se crearía esa necesidad y segura atmósfera para la creación de una verdadera teología de la liberación y se universalizaría en toda la Iglesia lo que el Espíritu está haciendo brotar en la periferia del mundo y en las Iglesias pobres" (BOFF, p.126).

Los intelectuales, por un peculiar fenómeno psicológico, sufren a menudo al verse divididos entre deseos o actitudes incompatibles. Por un lado, advierte KOLAKOWSKI, se sienten orgullosos de su superioridad y de su independencia. Por otro, ese mismo sentimiento les infunde una suerte de incertidumbre respecto de su situación. Quieren pertenecer a una élite que está exenta de las necesidades comunes y corrientes, pero esto les infunde al mismo tiempo un doloroso sentimiento de soledad y aislamiento (p.32). Estos sentimientos contradictorios se han expresado en los presbíteros-teólogos en un constante y desesperado deseo de probar su legitimidad, que se traducirá muy pronto en la obsesión por la identidad. Soledad y preocupación obsesiva por la identidad son las dos estaciones previas del narcisismo.

La aporía teórica del Presbítero-teólogo consiste en tener que transmitir más interrogantes que certezas, en tener que usar la razón sin excesivas vinculaciones, en tener diariamente que distinguir entre sus compromisos con la libertad y su fidelidad a la tradición. Su condición intelectual queda señalizada en la pasión por la crítica incesante y severa, en el disenso, en el debate. La ortodoxia del intelectual es la defensa de la libertad, aunque ella limite con la herejía, y estima el "oportet haereses esse", ya que nunca está del todo a gusto con sus propias ideas. La existencia intelectual está unida a la defensa de la libertad de expresión que ha sido una de las reivindicaciones históricas de todos los trabajadores de la creación intelectual. Es un mismo impulso el que hay por detrás de Larra y por detrás de la reciente Declaración de Colonia. "Somos críticos -escribió Larra- porque queremos

criticar abusos, porque quisiéramos contribuir con nuestras débiles fuerzas a la perfección posible de la sociedad a la que tenemos la honra de pertenecer". La alianza entre el debate que define al intelectual y la convicción que define al creyente constituye hoy una de las aporías teóricas del Presbítero. En cuanto profesional de la reflexión, el teólogo vive en la incerteza de los fines y en el interior de una sociedad que ha convertido el debate permanente en el lugar donde se buscan los objetivos, se discute su importancia y se corrigen los efectos. En cuanto Presbítero, habita en un sistema eclesiástico que con frecuencia se muestra incapaz de instituir el debate o allí donde lo hace parece aportar soluciones elaboradas previamente y ya sabidas. La aceptación franca de esta aporía ha permitido recorrer caminos de gran fecundidad. De maestro y detentador de las verdades morales, el Presbítero llega a ser un interlocutor y un "partenaire" del diálogo; lo cual supondrá que "la Iglesia cese de reivindicar una posición de maestra en lo social, como si la sociedad no pudiera más que degenerar o sólo pudiera encontrar su salud aplicando las soluciones que le propone" (VALADIER, p.141).

La segunda aporía teórica procede de tener que articular la función emancipatoria y subversiva de la religión con la función sacerdotal y de control social al modo y manera como irrumpe en el orden burgués. Los dilemas teóricos que nacen del encuentro entre ambas funciones han sido suficientemente subrayados en los últimos años. Desde el punto de vista eclesial, la década del ochenta significará la eclosión de esta aporía: por una parte unos curas que hacen nacer su teología "de la relación, del encuentro, del choque entre una realidad marcada por la muerte y la necesidad de anunciar un reino de vida" (GUTIERREZ, p.148); por otra parte, una teología que está preocupada por su carácter científico. En el primer caso, la teología nace de un compromiso previo con la vida del pueblo que la alimenta y la nutre: su lenguaje está unido a la profecía y a la contemplación, y su destino es interpretar la esperanza a partir del sufrimiento del inocente; el proyecto intelectual de este Presbítero-teólogo está inserto en el caminar mucho más vasto y complejo del pueblo de Dios; en consecuencia, el sujeto teológico es la comunidad cristiana y el Presbítero es el gran oyente, que escucha.

En el segundo caso, al teólogo no le importa mucho estar inserto en una comunidad cristiana, más bien este hecho dificulta las condiciones de su trabajo intelectual y, en el mejor de los supuestos, los cristianos aportarán experiencias y los teólogos reflexión; su destino es el

permanente entrecruzamiento académico en las fuentes de la teología, y su quehacer gira en torno a su personalidad.

Las tensiones son muy grandes. Con la sinceridad que le caracteriza, GUSTAVO GUTIERREZ las expresaba de este modo: "¿Cómo, en concreto, pertenecer de verdad a una comunidad cristiana y hacer caso de sus exigencias y al mismo tiempo disponer de tiempo y de espacio para trabajar teológicamente? ¿Cómo, ante las urgencias de un pueblo que muere de hambre y de enfermedad, sacar tiempo para una costosa elaboración teológica? Esas preguntas nos han atormentado mucho. No hay respuesta ni estoy seguro de que nos interese tener una respuesta satisfactoria a estas preguntas porque en el fondo son tensiones provocadoras de un cierto discurso, pero que nunca las vamos a resolver: exigencias de superioridad intelectual, sin la cual no hay teología seria. Hay quienes por el contrario renuncian a vivir el dilema y se refugian en los muros de la Academia; desde allí intentan responder a las preguntas que vienen de fuera (como si ellos no llevaran); su compromiso con el libro les distancia del camino de los pueblos". No es indiferente que los dispositivos contra la tarea teológica del cura se hayan acentuado últimamente hasta lograr en los teólogos síntomas de humillación y auto-punición por haberse equivocado. De este modo, la herencia intelectual ha sufrido una grave quiebra en el clérigo actual. ¿Podrá el cura reconciliarse con la Ilustración? ¿Podrá la seguridad de la fe compatibilizarse con la total problematicidad? No me imagino ni al cura ni a la fe en un sistema de la necesidad o de la aproblematicidad, ya que sólo pueden existir en el mundo de la contingencia, de la finitud, de la amenaza real; en un mundo lleno, como decía Gabriel Marcel, de lesiones reales capaz de extraviarse y desesperar.

CONCLUSIONES PROVISIONALES

Después de la muerte de tantos relatos estamos en condiciones de "trazar nuevos y practicables caminos pastorales". Ya no son posibles las formulaciones absolutamente normativas, sino formas históricas mudables "tratando de esta manera de abrir caminos al reconocimiento, por parte de la Iglesia, de nuevas posibilidades" (SCHILLEBEECKX, p.8).

Todos los relatos están centrados en el valor de la personalidad y adolecemos de paradigmas alternativos. Las Instituciones sociales que sirvieron de referente para la realización práctica del Presbítero están

sometidas a muchas dificultades en la conceptualización de los nuevos fenómenos sociales.

Me permito señalar aquellas líneas, que desde un punto de vista sociológico (en consecuencia, parcial) permitirán recuperar la significatividad y la relevancia del Presbítero en las nuevas circunstancias, sin que por ello pueda probarse ruptura alguna definitiva ni se produzca un empobrecimiento del ministerio.

a) Todos los relatos tienen en común su pertenencia al mismo paradigma, aquel que sobredimensionó "el papel de la personalidad". Es evidente que ese viejo tema que los marxistas consideraban liquidado ha vuelto a renacer y quizá tenga más derechos de los que estamos dispuestos a reconocer: "La aparición de un Jomeini o de un Pol Pot puede costar la cabeza a millones de personas; cuando surge un zar ilustrado las consecuencias son imprevisibles; si un loco se instalara en la Casa Blanca, no tendríamos que seguir rompiéndonos la cabeza mucho tiempo por el futuro de nuestro sistema de pensiones; y nos atrevemos a imaginar qué ocurriría si un genial fundador de religiones se apoderase de los medios de difusión". Este testimonio de ENZENSBERGER es indicativo de la vigencia social de la personalidad. Reconocida su parte de verdad, es necesario observar el desplazamiento causado por una sociedad compleja. El Presbítero se tiene hoy que realizar en el interior de una sociedad compleja que es sumamente vulnerable a factores de influencia muy diversos. En lugar de hablar de cura deberemos hablar primariamente del curar, de una energía, de un potencial que pertenece a la *comunidad misma*. Ernst Bloch decía de él que pertenecía al género neutro para significar que sus portadores son un colectivo; la tradición cristiana lo llamó ministerio y lo percibió en forma de sacramento. El hecho básico conciliar estuvo en universalizar el sacerdocio de los fieles. El ejercicio de ese potencial curativo será desarrollado no sólo comunitariamente sino a través de formas flexibles y variadas, que nos adentran en una realidad compleja.

b) La realización personal de ese sacramento tendrá que ser forzosamente *plural*, tan variado como situaciones humanas existen, tan multiforme como las necesidades de la comunidad de Dios. Tan absurdo es impedir el sacerdocio a los casados como no reconocer que el celibato pueda ser una posibilidad. El pluralismo del cura pertenece al paisaje interior de la vida de la Iglesia. Pertenece a la normalidad de la Iglesia convivir con diversos escenarios para el ejercicio de la presidencia de la comunidad.

No hay una forma que pueda pretender ya obligatoriedad general. El pluralismo no perdona nada, ni siquiera los "papeles" más sagrados le son inmunes. La figura del cura, como concepto homogéneo, se ha vuelto impensable. Ni los Evangelios ni la tradición de la Iglesia nos permiten achicar sus escenarios; ignorar la diversidad de realizaciones eclesiales, las posibilidades históricas y las infinitas ramificaciones personales empobrece el ministerio.

Todas las figuras que hemos presentado coexisten y no es malo que compitan entre sí. Si se ignoran unos a otros -el pastor y el sacerdote, el intelectual y el clérigo- se limitan y se lastiman.

La uniformidad del cura, ya se presente con ropaje progresista o conservador, no ha sido nunca una realidad histórica ni ningún reglamento ha podido causar lo que la realidad le negaba.

Si se devuelve a las comunidades cristianas el pluralismo que vivió la Iglesia primitiva en su momento fundante, no se hará más que un servicio a la fe. La Iglesia debe hoy favorecer el pluralismo en las formas de ejercer la cura, en lugar de apretujar a todos en un estrecho y soso campo de juego. El pluralismo en las formas de ser presbítero acabará con la actual obsesión por la identidad y el cura en lugar de preocuparse por hacer reglamentos de juego intentará jugar alguna partida.

Ni siquiera el celibato podrá sustraerse a sus plurales realizaciones. Cuando la fe se adentra en los territorios humanos, nada le es ajeno. Cuando el obispo anglicano Desmond Tutu ante las cámaras de TVE advertía que su mujer e hijos le concedían a diario la gracia de secar sus lágrimas y experimentar los límites propios de la debilidad, recogía una larga tradición eclesial que cuestiona las razones funcionales a favor del celibato.

c) Ante la crisis anunciada de los relatos, hay que experimentar todavía nuevos registros para la situación actual. El registro que ahora mismo se impone ante la devaluación que sufren los relatos clásicos tendrá en común la valencia del acompañamiento. Lo cual exige recuperar al cura de carne y hueso, con las mismas grandezas y miserias, como un hombre de amplio espectro capaz de conectar con la complejidad, sin renunciar a vivir una intensidad comunicativa con su tiempo. La fuerza principal de su espiritualidad la encontrará en la amistad y en la fraternidad. Como advertía Juan Pablo II a los ordenandos en su Visita Pastoral a España (1982), "defraudaríais a vuestros propios fie-

les que os quieren sacerdotes de cuerpo entero: liturgos, maestros, pastores, sin dejar por ello de ser como Cristo, hermanos y amigos".

Hace muy poco, con motivo del acompañamiento que los jesuitas recientemente asesinados en El Salvador hicieron de su pueblo, el ex-consejero de la Embajada de España en Tegucigalpa lo expresaba con gran plasticidad en una carta publicada por *El País*: "Yo he compartido la intimidad de esos hombres ejemplares y doy fe de que está poblada de insomnios y úlceras y a veces hasta de un par de copas de más. Yo he visto a uno de esos curas, lívido y en los huesos, llegar a España y en la tranquilidad de su familia engordar 18 kilos en tres meses. Tienen miedo, sí. Y atroz. Pero lo vencen. Por eso son gente admirable" (José A. Zorrilla. Cartas al Director).

Es el miedo y la úlcera, y tal vez la copita de más, lo que les aproxima a nosotros, lo que les hace de nuestro linaje, lo que nos permite sospechar que en el interior de la barbarie que protagonizaron los escuadrones de la muerte, se podía percibir otra calidad de historia humana que redime y dignifica a esta vieja humanidad. ¿Es posible realizar más dignamente aquel principio tan hondamente cristiano de que donde abunda el pecado sobreabunda la gracia? (VITORIA, p.537).

Traicionaríamos la calidad de su testimonio "si junto a sus grandes pasiones como eran la liberación de los pobres, el compromiso con la justicia, la defensa de los derechos humanos no relatamos la capacidad de ilusionarse con las pequeñas pasiones familiares: su pasión por el Athletic de Bilbao, su pasión por recoger las cuatro hojas de Zubiri, su pasión por realizar un seminario de investigación". Sin esta inusitada calidad humana, quedaría sin un rasgo fundamental el acompañamiento actual.

Las hormas que han servido para representar las figuras del presbítero se han periclitado en figuras imaginarias y en los sótanos de ciertas organizaciones y sólo quedan de ellas la insignificancia. Los creyentes se despidieron ya hace tiempo de aquellas figuras encorsetadas, aunque incesantemente se amenace con su retorno. En lugar de creerse errónea y tercamente instalado en no sé qué cumbres el ethos del acompañamiento se halla precisamente en la capacidad de madurar procesos, de transitar por la ambigüedad y de no poder ofrecer muchas veces más que la simple compañía.

El presbítero del acompañamiento no representa la distancia, la profecía o la inteligencia aunque nada de ello le falta. No se avergüen-

za de negociar ni se cansa de dialogar, ni siquiera abandona el lugar, donde el ejercicio de su humanidad le ha conducido, a causa del peligro.

BIBLIOGRAFIA CITADA

BOFF, L. y C. Ante el nuevo documento vaticano sobre la Teología de la Liberación, en *Misión Abierta*, 1 (1985) págs. 124-136.

DE VAUX, *Instituciones del Antiguo Testamento*, Barcelona, 1964.

ENZENSBERGER, Sobre la turbulencia, en *Actualidad del futuro* (Suhrkamp 1989). Reproducido en *El Paseante*, nº 12, pág. 43.

FINKIELKRAUT, A. *La derrota del pensamiento*. Anagrama, Barcelona, 1987.

GADAMER, H. G. Über die Möglichkeit einer philosophischen Ethik, en *Kleine Schriften I* Mohr, Tübingen, 1967.

GUTIERREZ, G. Teología, Democracia y Liberación en América Latina. Ponencia IV Congreso de Teología, 1984, en *Misión Abierta* 5-6 (1984) págs. 140-152. Presencia liberadora de la fe cristiana en América Latina. Ponencia IV Congreso de Teología, 1984, en *Misión Abierta* 5-6 (1984), págs. 152-159.

JANKELEVITCH, V. *Lo imprescriptible. ¿Perdonar? Con honor y dignidad*. Muchnik Editores, Barcelona, 1987.

LEVY, B.H. *Le testament de Dieu*. Grasset, París, 1979.

MARX, ENGELS. *La ideología alemana*, Grijalbo, Barcelona, 1970.

O'DEA, Th. *The Sociology of Religion*, Prentice-Hall, New Jersey, 1956.

SCHILLEBEECKX, E. *Per una Chiesa dal volto umano*, Queriniana, 1986

STEINER, KOLAKOWSKI, O'BRIEN, BOYERS. El destino de los intelectuales, en *Letra Internacional*, 7 (87) págs. 32-39.

STRADA, V. El intelectual de izquierdas en el laberinto, en *Congreso internacional de intelectuales y artistas*, vol. 1. Consellería de Cultura, Valencia, 1989.

TRUJILLO, L. El presbítero en el Presbiterio. *Surge*, 479-480 (1987), págs. 331-348.

VALADIER, P. *L'Eglise en procès. Catholicisme et société moderne*. Calman-Levy, París, 1987.

VITORIA, F.J. En memoria de la vida, pasión y muerte de I. Ellacuría y de sus compañeros con la esperanza de su resurrección, en *Iglesia Viva*, nº 143-144 (1989), págs. 535-541.

VON RAD, G. *Teología del Antiguo Testamento*, Salamanca, 1980.